

Gengis, y khan del Djaghatai, Mahamud alcanzó con sus ligeros soldados el grupo de los otomanos y los destrozó. Bajazet, su hijo Musa, Timurtasch, el visir, los begs, y los eunucos caen prisioneros, y son llevados al día siguiente al campamento de los tártaros y á la entrada de la tienda de Timur.

Rodeado este por su ejército victorioso y ya sin enemigos que combatir, gozaba en aquel momento á la sombra de la tienda de un placer agradable á los tártaros como á los otomanos, jugaba al ajedrez con su hijo Schah Rokh, esperanza y fuerza de su estirpe, poseía ya el imperio del Kurdistan. Acababa, dicen los cronistas, de mover el rey contra la torre, es decir el trono contra la prision, cuando acudieron á anunciarle la captura del sultan que iban á presentar cautivo en su presencia.

El ingenioso refinamiento de la imaginacion de los persas, que busca interpretaciones en las consonancias y en la doble significacion de las palabras, halló una singular analogía de circunstancias en este golpe de Timur en el ajedrez y la suerte de Bajazet en el campo de batalla: de ahí, dicen, provino el sobrenombre puesto al hijo de Timur, que jugaba con su padre, de *Schah-Rokh*, que significa en persa rey y torre. Bajazet, cubierto de polvo y de sangre fué presentado en aquel instante á Timur.

## XXXVI

El vencedor no aparentó orgullo ni insolencia por su triunfo delante del vencido. Su alta filosofía, ejercitada en la escuela de muchos historiadores, de muchas vicisitudes militares, recordó las máximas de los sabios y respetó el dedo de Dios hasta en el enemigo que acababa de vencer. Se acordó especialmente de que Bajazet peleaba por la misma fé y por la misma raza que él, y casi le pidió perdon de su victoria. Mandó al punto que soltaran sus ligaduras, le rogó que se sentara en el umbral de la tienda al par con él mismo, le habló con voz dulce y consoladora de su derrota, honrosa por su valor, y del sentimiento que le causaba verse obligado á vencer á un co-religionario y un emperador como él, cuya amistad le hubiera sido preferible á su ruina. Le prometió bajo juramento que no peligraría su vida en su breve cautiverio. Ordenó que plantaran para el sultan, mas bien su huésped que su prisionero, tres tiendas imperiales junto á las del khan, en las que



seria servido con el respeto y la magnificencia debida á su rango, á su bravura y su infortunio.

Enternecido Bajazet con semejante acogida, no pudo contener algunas lágrimas pensando en sus cuatro hijos, cuya suerte ignoraba.

Timur envió destacamentos que corrieran en su busca con órden de traérselos vivos á su padre. Mustafá, probablemente confundido con los cadáveres de sesenta mil otomanos, no podia ser restituido á su padre. Tal vez Timur, noticioso de la muerte de este jóven, quiso dejar por compasion la incertidumbre de tal pérdida en el corazon de su prisionero. Soliman é Isa se habian refugiado en las gargantas del Taurus; los tártaros no pudieron alcanzar mas que á Musa, descubierto en una caverna del monte Stella, donde se habia escondido á consecuencia de sus heridas. Lleváronlo á la presencia de Bajazet, cubierto con un castan de honor, y su vista calmó el dolor de su padre.

Dos de los emires principales de la Tartaria, Hassan Berlas y Tschempai, fueron encargados de la guardia de honor y del servicio de las tiendas del sultan. Uno de ellos habia ido de embajada á Bajazet, y le dulcificaba con los recuerdos de Brusa el sentimiento de su cautividad.

## XXXVII

Entretanto, los dos hijos de Bajazet que no habian caido en poder de los tártaros que los persiguieron despues de la batalla de Angora, informados de las consideraciones que tenia Timur con su padre, y temiendo que algun desmembramiento del imperio fuera el precio de su rescate, se concertaron con Bajazet por medio de emisarios, ocultos con el traje de dervises, para lograr su libertad por medio de la fuga. Mohammed se aproximó al campamento para vigilar y dirigir con mas misterio el proyecto de evasion. Algunos infantes turcos de los que habian desertado del ejército de Bajazet, y habian sido alistados en el de Timur, acordándose de sus antiguas banderas, se dejaron seducir fácilmente por Mohammed. Estos hombres, destinados á minar para volarlas las fortificaciones de las ciudades, envolviendo á sus defensores entre sus ruinas, poseian el arte y los útiles necesarios para estas excavaciones subterráneas y silenciosas. Aunque Bajazet gozase en lo interior de sus tiendas de completa libertad, algunos centinelas,



encargados de vigilar todos sus movimientos, estaban apostados de dia y de noche al rededor de ellas. Las entrañas de la tierra eran pues el único camino por donde pudiera escaparse el sultan.

Segun el plan dado á los mineros por Mohammed, se establecieron estos en una tienda muy próxima á la de Bajazet, y despues de haber examinado con la vista la distancia que habia de una á otra, hicieron un agujero que iba á dar debajo de la alfombra del prisionero. Algunos golpes de pico bastaban para abrir el piso de la tienda imperial, y hacer desaparecer por allí á Bajazet. Corceles veloces, colocados por Mohammed de trecho en trecho en los senderos que conducen por las montañas á Amasia, aseguraban el éxito de su fuga.

## XXXVIII

Bajazet y el jefe de los eunucos, Firuz-Beg, que dormian solos en la tienda, tenian ya puestos sus castanes y sus armas para bajar al primer hundimiento del terreno al subterráneo, cuando los guardias de media noche, que iban á relevar los de la

vispera, oyeron un ruido sorprendente á sus piés, y poniendo la oreja en el suelo, reconocieron los golpes regulares y sordos de la zapa. Se precipitaron en la tienda del sultan, y no dudaron del plan de su fuga al verlo en pié, vestido y armado, con el jefe de los eunucos. Los mineros que oyeron á su vez el ruido y las reprensiones de los guardias encima de sus cabezas, favorecidos por la ignorancia del punto y de la direccion del subterráneo arrojaron los útiles, volvieron á su tienda ántes que la registrasen, y se marcharon al campo.

## XXXIX

Irritado Timur al ver que Bajazet confiaba mas en la astucia que en la generosidad de su vencedor, hizo comparecer al prisionero en su presencia, le echó en cara la tentativa de evasion, y mandó cortar delante de él la cabeza á Firuz-Beg, su fiel eunuco, por haber conspirado para libertar á su señor. Sin embargo lo dejaron á Bajazet en sus tiendas, le hicieron los mismos honores, y le permitieron gozar de la libertad interior de que habia disfrutado hasta entónces



durante el dia, pero de noche lo sujetaban en una de esas literas enrejadas que sirven de lecho, llamadas por los árabes y los turcos *kafes*, en las cuales viajan las mujeres llevadas entre dos mulas. De ahí proviene la tradicion popular, pero errónea, que se propagó por el Oriente, de la jaula de hierro, en que Timur habia encerrado al sultan.

El paje bávaro Schildberger, que despues de haber sido librado por Bajazet de la matanza de los prisioneros húngaros á consecuencia de la batalla de Nicópolis, habia seguido al sultan á Angora, habia caido en poder de Timur, y era el esclavo favorito de su hijo Schah-Rokh, no habla siquiera de la jaula de hierro en la narracion circunstanciada que hizo de la cautividad del sultan, como testigo ocular. Otros historiadores contemporáneos añaden que el mismo Bajazet, enojado con la curiosidad de los tártaros y de los sirios cuando entraba á caballo en las ciudades con el acompañamiento de Timur, pidió que lo sustrajeran á las miradas de la muchedumbre permitiéndole viajar en una litera cerrada de mujer, que ocultara su vergüenza. Algunos cronistas bizantinos, siempre amigos de fábulas, sobre todo de las que desconceptuaban á los sectarios del profeta, refieren, sin fundamento tambien, que cuando Timur montaba á caballo, apoyaba el pié en la espalda del

sultan como si fuera un escabel, para ponerse en la silla. Timur respetaba demasiado en el sultan la conformidad de fé y el carácter de la soberanía para dar á su ejército ejemplos que degradaran las creencias y el imperio. Schildberger y los escritores persas, compañeros de Timur en la expedicion y en la vuelta á Samarcanda, cuentan por extenso las conversaciones picantes y filosóficas de los dos emperadores, mentís seguro de la brutal tradicion de los bizantinos.

## XL

Un dia en que los dos soberanos hablaban familiarmente despues de comer, de sus vicisitudes y varia fortuna, sometidas á la distribucion del destino hecha por Dios á sus criaturas:

« Preciso es confesar, dijo Timur al sultan, que los dos le debemos grandes beneficios al soberano Señor de los imperios.

« — ¿Porqué? le preguntó Bajazet.

« — Por haber dado estos imperios, repuso Timur, á un cojo como yo, y á un estropeado como tú.



« Ver á un cojo como yo y á un impedido como tú  
 « gobernar el uno el Asia y el otro la Europa; ¿ no  
 « es una prueba grande del desprecio con que mira  
 « el soberano Señor el imperio? » Luego, cambiando  
 de conversacion; « porque has sido ingrato con  
 « Dios, añadió Timur, te ha enviado estos castigos y  
 « me ha dado la mision de infligírtelos; pero ahora,  
 « hermano mio, no te aflijas, el hombre que vive re-  
 « monta fácilmente á la prosperidad. »

En este momento trajeron á Timur un vaso lleno  
 de leche cuajada, delicia de las comidas tártaras:  
 Bajazet palideció.

« — ¿ Porqué palideces? le preguntó Timur.

« — Porque esa leche cuajada, respondió el sultan,  
 « confirma milagrosamente para mí una profecía que  
 « mi adivino Djelair me anunció un dia diciéndome  
 « que comeria una vez leche cuajada con el kan de  
 « los tártaros.

« — Ese Djelair, replicó Timur burlándose de los  
 « adivinos que sustituyen las maravillas á la razon,  
 « única inspiradora de toda sabiduría, era un hom-  
 « bre hábil, y le estoy muy agradecido, porque si no  
 « hubiera estado á tu lado para adormecerte con sus  
 « presagios, tú te hubieras dejado guiar por tu buen  
 « sentido, y no estarias ahora conmigo en este sitio. »

## XLI

Para consolar á su prisionero, Timur le permitió  
 traer las mujeres mas queridas de su haren. La prin-  
 cesa de Servia, hermana de Lázaro, llegó al campa-  
 mento de Timur, y fué en él objeto de las atenciones  
 del vencedor de su marido. Timur exigió una vez  
 sola, que le sirviera ella una copa de vino de Chipre,  
 única venganza que quiso tomar contra la carta in-  
 juriosa en que Bajazet le amenazaba con arrebatarle  
 su haren.

« Tus hijos sublevan la Anatolia y la Europa con-  
 « tra mí, dijo un dia á Bajazet. Te reconoceran por  
 « soberano si te restituyera la libertad?

« — Rompe mis cadenas, respondió Ilderim, y  
 « pronto les haré cumplir con sus deberes.

« Animo, sultan, replicó Timur, primero quiero  
 « llevarte á Samarcanda, y cuando hayas visto mi  
 « imperio y mi capital, te enviaré con un ejército á  
 » tus Estados. »

Pero Bajazet, desalentado con las noticias que re-  
 cibia de Brusa y de Andrinópolis, por la descompo-



sicion de su imperio, por la desobediencia y las discusiones de sus hijos Soliman y Mohammed, cayó en una tristeza invencible, y cesó de creer en la restauracion de su propia soberanía.

En efecto, el imperio, herido de muerte en una sola batalla, caía hecho pedazos ante sus ojos. Remontemos hasta el dia siguiente de su derrota de Ancira ó Angora, y sigamos rápidamente los pasos de los vencedores y los desastres del vencido.

## LIBRO OCTAVO

### I

Ya se ha visto que en el momento en que Bajazet no peleaba mas que por la gloria ó por morir sobre los cadáveres de sus diez mil genizaros, habia mandado á sus hijos que se libertaran del hierro de Timur y que buscaran su salvacion en la velocidad de sus caballos. Su hijo primogénito Soliman, seguido por algunos generales adictos y por el gran visir, despues de haber atravesado con dificultad por los senderos mas inaccesibles el grupo de montañas que se